

Los MERCADERES de la Muerte

Una espada de doble filo

La palabra conspiradores no se aplica injustamente a los fabricantes de armamentos de Francia, si bien es verdad que no hay que emplearla melodramáticamente. Quizá los conspiradores no sean malas personas en su vida personal y en su contacto individual con la sociedad. Sir Basil Zaharoff, apasionado en su vejez por el cultivo de las orquídeas, tal vez no se espantaría ante la idea de que él es el asesino más grande que ha conocido la humanidad. Y hasta puede darse el irónico gusto de disfrutar de las dádivas que hace (se ha conseguido sacarle unos cuantos millones de los cientos de millones que ganó con la Gran Guerra) para hospitalización de los heridos de la guerra. Y probablemente Eugenio Schneider y Francisco de Wendel son unos viejos y respetables caballeros que se conmueven escuchando una balada de Chopin. Si una avanzada del Angel del Juicio Final viniera a tomar cuentas a De Wendel o a Eugenio Schneider sobre la moral de sus negocios, seguramente contestarían: a) que ellos no han inventado las pasiones ni la codicia que conducen a la guerra; b) que si ellos no suplen los pedidos de armamentos, otros lo harán en su lugar y c) que

ellos no han hecho sino llevar las empresas.

Todo lo cual es perfectamente cierto. Entonces por qué son conspiradores estos hombres? Son conspiradores porque no tienen a quién guardar fidelidad; porque la suya es espada que no reconoce hermanos. La llegada de Hitler al poder en la Alemania Nazi es una prueba clara de ello.

En Alemania, la compañía siderúrgica más grande es la Vereinigte Stahlwerke A. G. a cuya cabeza está Fritz Thyssen, el rey del Ruhr. Thyssen fue el genio protector de Hitler. Se movió, como en una batalla, para retener el control de sus negocios industriales y comenzó a echar dinero en el tesoro de los Nazis con el fin de asegurarse la ayuda de un gobierno amigo. Hasta allí no había nada fuera de lo ordinario: si Thyssen creía en la filosofía Nazi o en el provecho que eso podría ofrecerle, no había razón por la cual él no prestara a Hitler todo el apoyo financiero que quisiera. En 1932 el viejo Fritz Thyssen coronó sus muchas generosidades anteriores con una contribución de 3 MILLONES de marcos para la campaña presidencial alemana. Pero el viejo Fritz, a pesar de su violento nacionalismo

personal, no era hostil a los intereses de Wendel-Schneider en Francia. Favoreció, de hecho, un convenio de trabajar con ellos mientras pudiera mantener un control absoluto de sus propiedades. Asistimos entonces al espectáculo de un nazi que apoya por un lado el fuego abierto contra Francia y que por el otro está en buenas relaciones con las principales firmas de armamentos que representan al implacable enemigo político de su país. Pero eso no completa el cuadro. El Comité des Forges y Schneider-Crenset no se oponían a que Hitler cogiera el poder en Alemania. Aquí faltan los documentos probatorios, pero no se escapan las pruebas que se deducen de los hechos. En 1933 Hitler demandó a un periodista alemán por haber dicho que la Skoda y a través de la Skoda, Schneider-Crenset habían contribuido a los gastos de la campaña. Sin embargo, cuando se le desafió a que probara que era falso, saltó del banco de los testigos, trató de judío al abogado de la parte contraria, no contestó nunca específicamente la cuestión y en consecuencia fue multado con MIL marcos por falta de respeto a los tribunales. De Wendel y Schneider—según

su costumbre inmemorial—no dijeron nada y hasta hoy no han negado la acusación.

En otras palabras, según los informes obtenidos, los principales fabricantes de armamentos no sólo de Alemania sino también de Francia, se unen para apoyar al único hombre capaz de suscitar un nuevo desencadenamiento de anarquía en Europa. Y por una curiosa coincidencia (aquí es donde la espada presenta su otro filo fulgurante) los periódicos controlados por De Wendel en París, inmediatamente fueron atacados por una fiebre de denuncias contra el régimen hitlerista e hicieron llamamientos por nuevas garantías de seguridad contra la amenaza del rearmamiento de Alemania. Había que despertar la Patria!

(Nota: toda la información que hemos venido dando desde hace algún tiempo sobre la industria de armamentos, información que tiene tanto valor en estos momentos en que hierve Francia, no ha sido tomada de ninguna fuente comunista. La hemos tomado de un folleto que publicaron los editores de FORTUNE, una de las revistas más burguesas que existen en los Estados Unidos.)

Un Cuento de Carlos Luis Sáenz

El Venado

A la orilla del mar siete años. Con paludismo, con la familia, la mujer y seis gurrillos, anidados bajo un misero rancho de bijagua en la vecindad de los pantanos repletos de zancudos y de jejenes. Con un bote, unor anzuelos, un machete, una pala y una guapil: pescador de oficio; agricultor de ocasión, cuando podía sembrar arroz y trabajador de las salinas cuando los compadres le daban trabajo; este era Lorenzo Reyes. De letras, apesar de la escuela pública, gratuita y obligatoria, con trabajo conocía las de su nombre. De leyes, sólo sabía las de la sumisión a los señores, a los patrones, a los compadres.

Pero sabía de olas, de vientos, de huracanes, de venados, de pájaros, de tortugas, de peces, de tiburones, de calenturas, de heridas y llagas, de lances a machete, de brujerías, de encantos y de hombres. Uno de tantos días se le echó encima la agresión brutal, encarnada en uno de tantos de sus patrones, y entonces Lorenzo Reyes se desgració.

El caso: la madrugada espléndida lo tenía sin cuidado pero lo hacía tiritar acurrucado entre dos troncos ojiando los venados que le estaban comiendo el frijoliar tierno. Con la guapil cargada esperaba... todavía gritaban los cueros y en las hondonadas oscuras los grillos no acababan de amanecer.

Crugieron las hojitas y apareció un hermoso macho de ojos de estrella; caminó hacia el frijoliar saliendo de la breña y apenas dobló el cuello para morder las hojitas tiernas, Lorenzo lo derribó de un tiro en la paletilla, el estampido de la guapil alborotó las bandadas de loros en los manglares del pantano y levantó de las aguas en sombra del canal dormido, unas garzas blancas hacia la luz celeste del alba.

Lorenzo remató al venado que bramaba fiero, en un remolino de hojas, de tierra y de sangre.

Luego con la guapil en bieldera, se echó el venado a salir de la caja de montañas. Iba contento; tendría carne para unos cuantos días. Ya había amanecido del todo cuando vadeaba el riachuelo para llegar a la otra orilla, al claro de la playa donde estaba su rancho.

Entonces se le atravesó a caballo, con briches y polainas, con pistola al cinto y escopeta al hombro, seguido de sus perros don Aurelito, el hijo segundo de don Aurelio, el dueño de la finca que, en una extensión de playa que a pie no se recorre en cinco días, colinda con la milla marítima.

Don Aurelito andaba vagabundando; iba a tirar palomas o loras para ensayar el pulso. El potro blanco, recién bañado, parecía deshacerse en nubes de vapor. Los perros ladraban olfateando la san-

gre fresca que caía al suelo manando por las heridas y por el hocico de venado.

Don Aurelito se avisgó: «¡Idiay, carajo, no se les ha dicho que tenemos prohibido matar venados en la finca?»

Lorenzo se detuvo: «Eran en broma las palabras de don Aurelito o eran en serio? Su ánimo no sabía en qué sentimiento polarizarse».

Pero don Aurelito amenazante dijo: «Tire abajo ese animal y despedácelo para que se lo coman los perros.» La orden no daba lugar a dudas; la cosa era en serio.

El ánimo de Lorenzo polarizó en una decisión corajuda: tiró el venado al suelo y le puso encima su pie derecho, descalzo y fuerte; se quitó del hombro la guapil y sacando de su bolsillo un tiro la cargó, sin que le temblara el pulso.

La milla marítima no es de usted ni es de nadie, aquí podemos cazar todos, dijo Lorenzo y agregó: «además estamos solos; usted es hombre y yo soy hombre, veamos cuál se lleva el venado.»

Don Aurelito sintió frío cuando le llegaron al alma estas palabras: «estamos solos». Pero haciendo de tripas corazón desenfundó el revólver y con un hilillo de voz dijo: «Veremos». Y comenzó a a atorjarle los perros.

«Vea, don, el perro que me muerda el venado se lo mato, por estas cruces que se lo mato», le gritó Lorenzo. Y así fue: uno de los perros no había hecho más que acercarse al venado cuando con un tiro en la cabeza Lorenzo lo hizo voltear en el aire y estirarse sobre la arena.

El otro perro huyó y se perdió en la maleza. Lorenzo cargó de nuevo la guapil. Don Aurelito hacía repicar las espuelas con el temblor de piernas que tenía. «Bájese, hombre, aquí está el venado venga y jártesele, ya no me queda más que un tiro, aproveche», dijo Lorenzo jadeando de rabia contenida.

«Don Aurelito se pintó espoleando el potro, y cuando estuvo lejos me hizo dos disparos (nos narra Lorenzo en la detención—unos quince días después de estos sucesos) Me eché el animal al hombro y me fui al rancho. Eso fue un jueves, el sábado siguiente salió a la pulpería del barrio; no llevaba más que el machete, apenas me vió el policía se me vino encima para detorme, diciéndome que yo estaba robando en la hacienda; perdí la cabeza y... pobre hombre... y lo peor, que deja tres moticos... Vea don, lo que es la desgracia, y todo por un condenado animal y por ese corbarde ahora si que me pesa no haber aprovechado el último tiro de la guapil. Lo que son las cosas, me enjarané con un valiente, y el otro es un gran pendejo».

LOS PEONES Y EL SALARIO

MINIMO

Los «labriegos sencillos», los que han conquistado, según la peor composición de un gran poeta, «eterno prestigio, estima y honor» son el tema de oportunas disquisiciones de novísimos funcionarios, acabaditos de estrenar.

El Ejecutivo parece dar al improrrogable problema atención preferente.

La suerte de nuestros chichitos también nos interesa a nosotros profundamente. La existencia triste de esa enorme masa amorfa, anónima, inarticulada e indefensa nos preocupa y nos ha preocupado siempre seriamente.

El diputado Volio Mata en publicación reciente muestra que tiene su programa comprensivo de ayuda a esos desdichados aunque en muchos capítulos de tardía realización. Hablaremos de un solo respecto. Nuestros fines: humanitarios y ojalá constructivos.

Manifiesta don Alfredo que el mejoramiento de las glases trabajadoras no se obtiene con la fijación de un salario mínimo. Agrega que es un absurdo inadmisiblemente. Da razones al respecto que no convencer, pero que no deben pasar inadvertidas precisamente por venir de

Reproducimos este artículo porque nos parece interesante que los trabajadores vean cómo enfoca el problema del salario mínimo una persona que no es comunista y que tiene estrechos entronques con capitalistas, pero que procura contemplarlo con honradez.

Desde su punto de vista, es natural que crea en la posibilidad—sin tocar la propiedad privada—de solucionar el asunto del salario. Para el patrón, pagar un salario científico a sus peones significa mermar sus utilidades. Nosotros hace unos dos años calculamos cuánto debía ser el salario mínimo de un trabajador padre de 3 hijos y con mujer. No lo fijamos científicamente porque no nos atrevimos a tanto; lo fijamos lo científicamente que lo permitía el egoísmo de los grandes cafetaleros. Dicho salario debía ser de CINCO COLONES diarios y esto sin contar el calzado de ninguno de los cinco miembros de la familia. Es de advertir que entonces el cambio estaba al centro veinticinco. Hoy con el cambio al seis y pico, este salario tendría que ser mayor.

Puede alguien imaginar que haya un gobierno capaz de hacer pagar a los grandes terratenientes de Costa Rica, que son los más acaudalados del mundo entero, un salario mínimo de CINCO colones diarios?

quien vienen. Ve dificultades insuperables...

Decimos nosotros: es infinitamente más fácil dictar una ley de salario mínimo que cualquier código, llámese civil, penal o de procedimientos. Que los nuestros sean copias serviles y generalmente mal adaptados de los otros países se debe precisamente a que en este punto es exacto aquello de que en casa de herrero cuchillo de palo. Aquí todos somos abogados, entre muchos de los que no ejercen estamos nosotros. Algo hemos podido enumerar, pero no lo hemos intentado. Humi-

damente aceptamos esta fea responsabilidad.

Por ser Costa Rica en pequeña escala un país industrial tres cuartas partes del proletariado las constituye el peón. El salario mínimo sin ser una panacea, es el remedio más efectivo y sobre todo el más rápido. El peón, descartada la excepción, que comprueba la regla, está desnutrido. La escuela es desastrosa, vive pegado a la tierra que lo diezma en lo que sardónicamente llaman su hogar y donde los figones apagados amenazan fatídicamente con hambre.

En las capitales de provincia y singularmente en la ciudad de San José suele encontrarse con ricos humanitarios entre el conjunto de fenicios.

En los campos el rico generalmente es avaro hasta consigo mismo. De gentes de tan mezquina laya y condición depende el peón para el sustento suyo y el de su misera y numerosa prole. Hora es de que se vaya pensando en que disfrutar y hacer riquezas es una franquicia que nos da el estado y no un derecho natural. El salario mínimo en nuestro país de bajísimo standard de vida es la más liberal condición que el Estado puede imponerle a los privilegiados por el goce de esa franquicia. El efecto de dicha ley es de resultados inmediatos y es menester que entiendan los legisladores que se trata de una aguda situación de emergencia que no admite dilaciones.

Un salario mínimo científico, digamos, no es una extorsión, no es un robo cabe aun dentro de los límites de un conservatismo moderado.

La ley que lo regule será necesariamente deficiente, pero cumplirá el requisito

Pasa a la 5a. página